La señora Blanco

Anónimo chino (siglo XVIII)

Traducción de Gerardo Deniz

"La señora Blanco" apareció por primera vez en Europa, en una admirable traducción de Arthur Waley, en Horizon, *la revista que dirigían en Londres durante la Segunda Guerra Mundial Cyril Connolly y Stephen Spender. Años más tarde, en 1952, Waley recogió esta pequeña obra maestra en su libro* The Real Tripitaka, *que incluye, en sus capítulos finales, varias narraciones, unas traducidas del chino y el japonés, otras originales. "La señora Blanco" es una obra anónima del siglo XVIII, un gran siglo para la novela china, pues durante ese periodo fueron escritos* Jou-Lin-Wai-Che *o, según las nuevas reglas,* Ju-Lin-Waish *(*Los mandarines*), de Wou-King-Tseu, y, sobre todo, la universalmente célebre* Sueño del aposento rojo *(*Hong-Lou-Meng*), de Cao-Xueqin. Las informaciones que da Waley sobre "La señora Blanco" son en extremo sucintas: se limita a decir que su fuente es una edición de 1892 (Shangai) que comprende otras historias de la misma época e igualmente anónimas (*Hsi Hu Chia Hua: Historias encantadoras del Lago del Oeste*). El asunto de "La señora Blanco" pertenece al fondo folklórico y su interés no sólo es literario y psicológico sino también antropológico: las semejanzas con la historia de Melusina son, a un tiempo, enigmáticas y turbadoras.*

O.P.

En tiempos de la dinastía Sung meridional vivía en la calle de la Perla Negra, en Hangchow, un hombre llamado Hsü Hsüan. Huérfano a temprana edad, quedó a cargo de su cuñado, un tal Li Jên, empleado en la oficina del gobernador. Vivía en casa de Li Jên, pero por el día ayudaba en una droguería que tenía su tío, el negociante Li. Andaría apenas por los veintiún años, pero todos lo tenían por muy formal y confiable. Como se acercaba el festival Ch'ing-ming, decidió visitar el templo de Pao-t'a para hacer ofrendas a sus antepasados y quemar algunas papeletas con plegarias. La noche anterior discutió el asunto con su hermana. Al otro día se levantó temprano, compró algunos caballos de papel, varas de incienso, banderas con sutras, dinero de papel y demás, y no bien hubo desayunado, se vistió con ropa nueva, se puso sus mejores medias y zapatos, hizo un limpio montón con las papeletas, el dinero y los caballos de papel, y se dirigió en seguida a la tienda del negociante Li.

—Tío —dijo—, quiero ir al templo de Pao-t'a a hacer ofrendas a mis antepasados. Te agradecería que me dieses permiso por un día.

—Me da gusto verte mostrar el debido espíritu filial —contestó el negociante Li—. Ve ahora mismo, por supuesto, y retorna cuando te parezca.

Al salir de la tienda tomó el camino de la puerta de Ch'ien-t'ang, cruzó el puente del Cofre de Piedra y se encaminó derecho al templo. Allí se topó en el acto con el sacerdote encargado de las ofrendas, quien dio curso a las papeletas de plegarias según el ritual debido, quemó las ofrendas de papel y lo llevó al gran vestíbulo. Luego de admirar aquellas bellezas, tomó algún refrigerio en la cámara de huéspedes y se despidió del sacerdote que oficiara por él. Pensó que sería una lástima no aprovechar su día libre y decidió dar un paseo concienzudo por los alrededores. Apenas había llegado al santuario de los Cuatro Sabios cuando, del modo más inesperado, llegaron nubes del noroeste, la niebla se cerró por el sureste y no tardó en empezar una ligera llovizna. Al principio no parecía que fuera a durar mucho, pero los chubascos se sucedían y pronto fue aquello un aguacero continuo. Viendo tan mojado el suelo, Hsü Hsüan decidió que no tenía caso esperar más y, quitándose las medias y zapatos nuevos, se los ató en paquete al cinto y marchó descalzo al embarcadero de la entrada de los Cuatro Sabios, en busca de una barca. Al pronto el río le pareció enteramente solo; empezaba a temerse que no podría cruzarlo cuando de repente vio a un viejo bogando en una barca muy cerca de la orilla, casi en sus narices, y a la primera ojeada reconoció a Chang A-kung, barquero a quien conocía muy bien por cierto. Lo llamó con gran alivio: —¡Chang A-kung, llévame a la puerta de Yung-chin!

El viejo arrimó la embarcación y, viendo que era Hsü Hsüan: —¡Te pescó la lluvia, joven amo! ¡Sube a la barca en seguida!

Hsü Hsüan ya estaba a bordo, pero no bien el anciano lo había alejado treinta pasos de la orilla, cuando alguien llamó desde allí: —¡Llevadnos también!

Hsü miró y vio que quienes querían embarcarse eran una dama con ropas blancas de viuda, y una muchacha que la asistía, vestida de verde y llevando un bulto. Al verlas, el botero volvió a remar hacia la orilla diciéndoles:

—Me figuro que os pasó lo mismo, fuisteis a las tumbas y empezó a llover. A ver, ¡cuidado al subir a la barca!

En cuanto la dama y su acompañante se hallaron a bordo, saludaron muy respetuosamente a Hsü. Éste se levantó de inmediato, devolvió el saludo y se hizo a un lado diciendo: —Os ruego, señora, que os sentéis bajo el toldo. Y la dama, una vez instalada allí, no dejaba de echar vistazos fugitivos a Hsü, con ojos que danzaban como olas otoñales. Por formal que fuese el joven, era imposible que no le causara algún efecto la vista de aquella dama sumamente hermosa, acompa-

ñada de una doncella tan elegante. Acababa de preguntarse si estaría bien iniciar una conversación, y de decidir que no, cuando para sorpresa suya ella se dirigió a él, preguntándole su nombre y apellido. Luego le preguntó dónde vivía y él le contestó que habitaba con sus familiares y trabajaba en la tienda del droguero, y entonces, cuando se dio la oportunidad, añadió que tendría por un gran favor el que ella le confiara el apellido de su distinguida familia y le indicase dónde residía.

—Soy hermana —contestó ella— del capitán Blanco y del chambelán Blanco. Estuve casada con un señor Ch'i que por desgracia murió. Está sepultado no lejos de aquí, y como hoy es el festival Ch'ing-ming, acabo de visitar su tumba, de hacer ofrendas y de desbrozar alrededor. Iba de vuelta cuando se nos vino encima esta tormenta súbita y, de no haber tenido la suerte de ser acogida en la barca de vuestra merced, me habría visto de veras en apuros.

Esto condujo a más charla intrascendente, de suerte que de pronto se sorprendieron al advertir que la embarcación había arribado a la puerta de Yung-chin. Iban a bajar a tierra cuando el rostro de la dama cobró aire de azoro.

—Salimos muy temprano —explicó la doncella a Hsü— y con tal prisa que olvidamos llevar dinero suelto. ¿Os importaría pagar al barquero? Devolveremos el dinero en cuanto lleguemos a casa, y tened por seguro que no dejaremos de cubrir nuestra deuda.

—Oh, señoras, no faltaba más —dijo Hsü—; tal minucia no tiene la menor importancia. Y así diciendo pagó al barquero y desembarcaron en la orilla. Seguía lloviendo fuerte y, como empezaba a hacerse tarde, emprendieron la marcha a buen paso.

—Vivo al extremo de la calle de las Dos Tiendas de Té —dijo la dama a Hsü—. Si no os fuera mucha molestia, acaso aceptaríais venir a casa y tomar una taza de té. Así podría a la vez devolveros el dinero del pasaje.

—Me temo que debo regresar —repuso él—; se ha hecho ya muy tarde. Pero en alguna otra ocasión me será grato presentaros mis respetos.

Oído lo cual, la dama y su sirvienta lo dejaron en seguida y partieron entre la lluvia. Hsü, resguardándose cuanto podía bajo los aleros, se encaminó a casa de unos familiares que vivían en los Tres Puentes, a fin de pedirles un paraguas. Cubierto por éste, iba llegando al malecón de Yang cuando oyó que lo llamaban: —¡No corra tanto el señor Hsü! Y al mirar presuroso por encima del hombro vio que era la dama a quien había llevado en la barca. Estaba detenida, sola, bajo el alero saliente de una tienda de té.

—¿Cómo es, señora, que no habéis pasado de aquí? —inquirió.

—Como la lluvia no da señales de cesar —dijo la dama— y tenía empapados los zapatos, envié a Verdecilla a que me trajera de casa un paraguas y otro calzado. No sé qué ha sido de ella. ¿Podría guarecerme unos pasos bajo vuestro paraguas?

—Es muy poco lo que me falta —respondió él—. Mejor llevaos el paraguas, que mañana lo recogeré.

—Es en verdad amable de vuestra parte —dijo ella—, pero no creo que deba proceder así.

Él, no obstante, le entregó el paraguas y partió, resguardándose lo mejor que pudo. Cuando llegó a su casa, cenó y se acostó de inmediato. Empezó a dar vueltas en la cama. No podía dejar de pensar en la dama de la barca, de quien había quedado muy prendado, y cuando por fin logró conciliar el sueño unos momentos, fue para soñar con ella. Las cosas marchaban a pedir de boca, y justo llegaba al apogeo cuando despertó sobresaltado, oyendo "cantar tres veces el gallo de oro".

En cuanto clareó, se levantó y se fue a la tienda. Hacía como que atendía el negocio, pero era como si su pensamiento y su alma estuvieran sin cesar en otro lado, y nada de lo que hacía le salía bien. Todo fue acabar de comer, y masculló algo acerca de una diligencia en la ciudad y salió con precipitación. Llegó derecho al final de la calle de las Dos Tiendas de Té y se puso a preguntar por la señora Blanco. Nadie la conocía. Vagaba sin rumbo cuando Verdecilla llegó corriendo hasta él por el oriente.

—Hermana, ¿dónde es que vivís? —le preguntó—. Vengo por mi paraguas.

—Seguidme, señor —dijo ella. Se lo llevó consigo y no habían andado gran cosa cuando le indicó: —Es ahí adentro. Hsü paseó la vista para orientarse y vio que se trataba de un edificio alto, enfrente de la muralla de la residencia del príncipe Hsiu.

—Entrad, por favor, y tomad asiento —dijo Verdecilla en cuanto franquearon la entrada. La siguió hasta el vestíbulo central. Avanzando hacia la habitación interior, ella anunció en voz baja: —Señora, aquí está el señor Hsü. —Díle que pase a tomar una taza de té — fue la respuesta desde adentro.

Hsü titubeó un poco, muy indeciso de si sería propio de su parte aceptar semejante invitación. Pero Verdecilla lo apremiaba sin cesar a que consintiera. —¿Qué objeción hay? —le repetía—. Entrad de una vez.

Penetró en el aposento interior, que tenía a cada lado cuatro ventanas ciegas con celosías, en tanto que en el centro colgaba una cortina de paño verde. Al retirar la cortina, encontró detrás una alcoba y allí una mesa con un florero de lirios tigrinos, cuatro excelentes cuadros en las paredes, entre los cuales colgaba en el centro mismo la pintura de alguna deidad. En un anaquel se veía una hilera de viejos incensarios de cobre y de floreros.

La señora Blanco lo recibió con la más cálida bienvenida. —Fue sólo gracias a vos como salí con bien ayer, cuando me sorprendió la lluvia —afirmaba—; no puedo agradeceros lo bastante.

—No habléis más de ello, os lo ruego —dijo Hsü—. Realmente no hay por qué mencionar tan poca cosa.

Luego que fue servido el té, él se levantó para irse, pero en aquel momento entró Verdecilla trayendo vino, pescado, fruta y demás. Él se apresuró a excusarse: —Muchísimas gracias de veras, señora, por esta amable idea, pero no debo en modo alguno molestaros así. Bebió una o dos tazas de vino y se levantó diciendo: —Se está haciendo muy tarde y debo partir.

—Comprendo que este mezquino refrigerio sea poco aliciente para que os quedéis, y si me atrevo a deteneros —dijo ella— es porque la otra noche me vi

obligada a prestarle vuestro paraguas a un pariente. Debo rogaros que esperéis y bebáis otras cuantas tazas de vino mientras van por él.

—Siento no poder esperar —contestó él—. Es muy tarde ya.

—Es lástima que no podáis esperar el paraguas —dijo la dama—. No puedo sino proponeros volver mañana a recogerlo.

—¡Por supuesto, por supuesto! —exclamó él. Y, después de dar las gracias, se marchó.

Al día siguiente volvió a hacer un débil intento de atender el negocio, pero pronto no pudo resistir más la impaciencia, inventó la historia de un asunto que debía atender y se escabulló a casa de la señora Blanco a buscar el paraguas. Dándose cuenta de lo temprano que había llegado, ella volvió a mandar que sirvieran vino y le rogó quedarse a beber una taza o dos.

—Me disgusta veros tomar tantas molestias —dijo Hsü— sólo porque os presté un mal paraguas.

—Nada más os estoy pidiendo que bebáis un trago por amistad —dijo ella—. El paraguas no tiene nada que ver. Basta con que bebáis una taza; hay algo que quisiera que discutiéramos.

Él bebió varias tazas y preguntó entonces: —¿Qué es pues, señora, lo que deseáis discutir conmigo?

Así interrogada, la señora Blanco llenó otra taza y la puso delante de Hsü con su propia mano. Habló entonces: —Tened por seguro que en vuestra respetada presencia y bajo los ojos de esa imagen sagrada —y señalaba la pintura que había en la pared— no osaría yo decir sino la verdad. Desde que murió mi esposo estoy muy sola en el mundo. Se diría que el destino me reservase para vos. De otra suerte, ¿por qué habríamos de haber sentido tan honda atracción mutua a primerísima vista hace dos días, en la barca? Si no yerro al suponer que me amáis con locura, ¿por qué no buscáis una buena casamentera y disponéis las cosas para una vida de dicha conyugal?

Al oír esto, a Hsü lo abrumó la alegría, pero al reflexionar se dio cuenta de que, trabajando como lo hacía en la tienda del negociante Li y careciendo de casa propia, no se hallaba, a decir verdad, en condiciones de establecerse como casado. Viendo que deliberaba profundamente sin contestar, añadió ella: —Os conjuro a decirme con franqueza cualquier cosa que estéis pensando. ¿Qué os hace vacilar para responder?

—Señora —dijo él—, que me honréis con vuestro afecto no puede dejar de conmoverme hondamente. Pero no soy más que un empleado en circunstancias muy estrechas y modestas, y al considerar con cuidado el asunto no veo cómo pudiera yo aceptar tal propuesta.

—Por supuesto —dijo la señora Blanco—, si no queréis desposarme, inútil será que tratéis de obligaros a hacerlo. Pero si la única dificultad es la que acabáis de decir, dispongo de sobrados recursos y no tenéis por qué preocuparos al respecto. Traeme algún dinero —ordenó a Verdecilla, quien pasó a un cuarto interior y volvió con un paquete que entregó a su ama. Sin examinarlo, la señora Blanco se lo dio de inmediato a Hsü mientras decía: —Tomad, para vuestros gastos del momento. Si halláis que os hace falta más, no tenéis sino que venir a pedirlo.

Él recibió el paquete respetuosamente, con ambas manos, lo abrió y le bastó una ojeada para ver que contenía un lingote de plata de cincuenta taeles. Al ver aquello, la faz se le iluminó de placer. Se lo guardó cuidadosamente en la manga diciendo: —En cuanto haya dispuesto todo lo debido, regresaré a informaros. Y con ello se levantó y despidió. Ya salía, cuando apareció Verdecilla con el paraguas.

Él se dirigió directamente adonde vivía y puso el dinero a resguardo. Entonces fue a devolver el paraguas a quienes se lo habían prestado, y en seguida se acostó. Madrugó al otro día y, tomando algunas pequeñas monedas de plata suyas, compró algo de pollo, ganso, pescado, carne y demás, así como varias clases de fruta y una jarra de buen vino, para invitar a comer con él a su cuñado y a su hermana. La invitación sorprendió grandemente al secretario Li.

—¿Qué es lo que te ha decidido de repente a derrochar tu dinero así? —inquirió.

—Hay una cuestión acerca de la cual quiero la ayuda de ambos —respondió Hsü.

—De ser así —opinó Li—, lo mejor sería que nos lo dijeras de una vez.

—Bebamos antes una taza o dos —dijo Hsü.

Luego de que se hubieron sentado en el debido orden de precedencia y de que hubieron bebido, Li reanudó las preguntas.

—Me es imposible agradecer lo bastante a ti y a mi hermana el haberme recogido y educado —contestó Hsü—. Ahora pienso en casarme. Por lo que a mí toca, la unión resulta muy conveniente, la dama me indica que tengo buenas perspectivas y que sería posible arreglar las cosas sin mayor esfuerzo. Sólo que mis padres murieron y tendré que pedir al respecto tu patrocinio, con el de mi hermana.

Lo primero que pensaron el secretario Li y su mujer al escuchar esto fue que de fijo tendrían que cargar con los gastos de la boda y respondieron fríamente:

—El matrimonio es asunto de consideración. Preferiríamos discutir en calma tu plan antes de contestarte. Sigamos bebiendo, por ahora.

Despacharon el vino y se separaron sin haber vuelto a aludir a la propuesta de Hsü.

Varios días después, en vista de que nada pasaba, le preguntó a su hermana si había discutido ya la cosa con su marido.

—No, ni se ha mencionado en absoluto —declaró ella.

—¿Por qué no se ha discutido? —preguntó el hermano.

—Ha andado tan acosado por los negocios desde entonces —dijo ella—, que ha preferido no traer a cuento el asunto.

—Bien entiendo por qué no tienes la menor prisa de abordarlo —dijo Hsü—, de miedo de que vaya yo a pedir que paguen por mí.

Así diciendo, pescó en su manga el lingote de plata y se lo tendió a la hermana diciendo: —Puedo costear los gastos. Lo único que pido es patrocinio.

—Perfectamente —repuso ella riendo—; si tan bien te va con el producto de la tienda del tío, nada tiene

de raro que pienses en un matrimonio rumboso. Guardaré este dinero y hablaré con tu cuñado cuando llegue. Estoy segura de que todo irá bien.

No tardó en llegar a su casa el secretario Li, y ella le enseñó la barra de plata, explicando: —Tiene el dinero para casarse. Sólo quiere que lo patrocinemos. No veo por qué no habríamos de hacerlo en seguida.

El secretario Li tomó el lingote, le dio vueltas y vueltas, examinó con atención los caracteres que ostentaba y de pronto exclamó: —¡Lo peor que podía ocurrir! ¡Este lingote bien puede atraer la ruina sobre nuestra familia entera!

—Nunca escuché cosa igual —dijo la mujer—. ¿Cómo va a hacer tanto daño un pedazo de plata?

—No entiendes —dijo el secretario Li—. Acaban de desaparecer cincuenta lingotes de plata de la bóveda del comandante Shao, sin que fueran tocados siquiera precintos ni cerraduras. Al prefecto de Lin-an le han encomendado detener al ladrón y el escándalo es tremendo. Hasta el momento, el prefecto no ha encontrado el menor indicio y ha divulgado el aviso de que autoriza el arresto, sin más miramientos, de quien sea hallado en posesión de aquel dinero. En la lista constan los detalles de las señales y números de los lingotes. Quien arreste al ladrón recibirá una recompensa de cincuenta taeles. Quienquiera oculte información o acoja al criminal será enviado con toda su familia a hacer servicio militar en las fronteras. El lingote que me acabas de mostrar tiene las señales que han sido divulgadas. Si lo escondemos y no informamos a la prefectura, tarde o temprano alguien nos denunciará y nos veremos en aprietos.

Al oír aquello, la esposa se asustó y echó a temblar al grado de que le castañeteaban los huesos. —No sabemos —dijo— si de veras lo robó él o alguien se lo dio. ¿Qué debemos hacer?

—Si lo robó o lo recibió no es asunto nuestro —repuso Li—. Es él quien debe cargar con las consecuencias de sus propios actos. No hay razón para que la familia entera se arruine también. Y dicho esto llevó el lingote a la prefectura y denunció a Hsü Hsüan. El gobernador de Lin-an, luego de cerciorarse de que se trataba en efecto de uno de los lingotes perdidos, despachó en el acto a sus hombres a arrestar al criminal. No tardó en llegar Hsü, detenido, a la audiencia del gobernador Han, quien lo increpó alzando la voz:

—Cincuenta lingotes han desaparecido de la bóveda del comandante Shao sin que fueran rotos precintos ni cerraduras. El secretario Li hizo una denuncia, y en este tribunal tengo uno de esos lingotes. Resulta que fue hallado en tu poder. Siendo así, ¿dónde están los cuarenta y nueve restantes? En vista de que el robo fue perpetrado sin dañar precintos ni cerraduras, no es sólo un caso de latrocinio sino también de brujería. Lo que más te conviene es confesar bien claro.

Hablando así, mandó preparar las empulgueras y el potro y otros instrumentos de tortura.

Enterado al fin del motivo de su arresto, Hsü se apresuró a explicar las cosas. —No soy un brujo —dijo—. Permítaseme contar qué fue exactamente lo que pasó. Y narró toda la historia de su encuentro con la señora Blanco en la barca, cómo ella se había quedado con el paraguas y él había ido a buscarlo, y cómo ella lo había invitado a beber en su compañía, le había propuesto matrimonio y le había dado el dinero.

—¿Quién es esa señora Blanco —preguntó el gobernador— y dónde se la encuentra?

—Me contó —dijo Hsü— que era hermana del capitán Blanco y del chambelán Blanco. Vive a la entrada de la calle de las Dos Tiendas de Té, en una casa alta, pintada de negro, bien por encima de la calzada y enfrente de la muralla de la residencia del príncipe Hsiu.

El gobernador Han dio entonces órdenes a su guardia Ho Li para que condujera a Hsü Hsüan a la calle de las Dos Tiendas de Té, arrestara a "la delincuente Blanco" y la condujera a la audiencia para ser interrogada. Acompañado de un asistente, Ho llevó a Hsü ante la casa alta y pintada de negro que éste había descrito. Saltaba a la vista en el acto que estaba deshabitada desde tiempo atrás. Detuvo e interrogó al alguacil del rumbo y a los vecinos cercanos de la casa. Todos contaron lo mismo: el magistrado suplente Mao vivía en otro tiempo allí, pero había muerto de la peste con su familia entera como seis años antes, y dado que muchas veces se había visto a un fantasma entrar y salir de la casa con la canasta de la compra, nadie había osado habitar allí. En cuanto a la tal señora Blanco, no había en el barrio ninguna así llamada.

—Está claro que aquí no vive —dijo Ho Li—. ¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—No me cabe duda de que ésta es la casa —contestó Hsü, totalmente desconcertado por lo que veía—. Lo que no me cabe en la cabeza es cómo esta casa ha adquirido tal aspecto de abandono en apenas tres o cuatro días.

—Pues bien —dijo Ho Li—, si te consta que este es el sitio, lo único que podemos hacer es forzar la puerta y entrar.

Dicho y hecho, mandó al alguacil poner manos a la obra. La puerta fue forzada y todos entraron presurosos. Dentro estaba oscuro y frío; no se veía un alma. Irrumpieron en un cuarto tras otro, en cada piso; en ningún lugar había el menor rastro de haber estado nadie. Por último, al abrir la puerta de una habitación en lo más alto de la casa, vieron al fondo la figura de una mujer de belleza sorprendente, toda vestida de blanco, sentada en un diván bajo. Inciertos de si sería una persona viviente o un fantasma, todos quedaron clavados en el sitio. Sólo Ho Li, atento a su misión, halló fuerzas para gritar alto: —¡La señora Blanco, me imagino...! Tengo aquí una orden firmada por su excelencia el gobernador Han, autorizándome para conduciros a ser interrogada acerca de un asunto de dinero, en el cual también está envuelto este hombre, Hsü Hsüan.

La dama ni se movió ni replicó una sola palabra.

El guardia no vio otro remedio que hacer acopio de valor y entrar a la cabeza de toda aquella turba. Ya avanzaban todos empujándose, cuando hubo un repentino estruendo, como un trueno llegado del cielo. Quedaron tan pasmados que cayeron unos sobre otros. Pero no sucedió nada más y al recuperarse del susto siguieron abriéndose paso hacia el diván. Al llegar cerca notaron un resplandor deslumbrante. Apilado sobre el

diván había un gran montón de plata; la dama no aparecía por ningún lado. Contaron el dinero; eran exactamente cuarenta y nueve lingotes. Ho Li hizo que los presentes se repartieran las barras para llevarlas al tribunal y entregarlas una a una. Cuando hubo rendido un informe detallado de todo lo acontecido, el gobernador Han despidió en el acto al alguacil y los vecinos.

—Es evidente, por lo que acabo de oír —dijo—, que este es un caso de brujería en el cual no está implicado ninguno de estos testigos.

Hsü Hsüan, empero, fue hallado culpable de manejar bienes robados y lo sentenciaron a confinamiento en el campo penal de Suchow. El dinero perdido fue devuelto todo al comandante Shao, como era de rigor, y éste entregó la prometida recompensa de cincuenta taeles al secretario Li. Quedó cerrado el caso, pero el secretario Li, que había recibido cincuenta taeles por denunciar a Hsü Hsüan, viendo que su denuncia había enviado a éste a la cárcel, no se sintió del todo a gusto y entregó a Hsü la recompensa completa para sus gastos de viaje. Logró asimismo que el negociante Li le diera a Hsü cartas para dos conocidos, residentes en Suchow: uno de ellos, el director Fan, escribiente de un magistrado; el otro, un tal señor Wang, tenía una posada cerca del puente de Chi-li.

Llorando amargamente, Hsü se separó de su hermana y de su cuñado, y en compañía de la escolta policial tomó el barco a Suchow y arribó al campo penal. Pronto consiguió que sus dos cartas llegaran a manos del director Fan y del señor Wang. Ambos le aportaron su auxilio y, derramando cierta cantidad de dinero en lugares tanto altos como bajos, consiguieron un certificado de que había quedado debidamente encarcelado, y con este papel la escolta pudo partir satisfecha. Hsü, sin tener que sufrir el menor mal trato o molestia, se instaló en casa del señor Wang, donde pasaba el día solo, muy afligido.

Llevaba medio año en Suchow y empezaba a sentirse muy cansado de su solitaria existencia cuando de pronto un día el señor Wang, el posadero, vino a su encuentro y le dijo: —Ahí afuera está un palanquín que lleva a una joven dama, acompañada de su doncella. Preguntan por vos.

Hsü quedó atónito. No podía imaginar quién lo buscaría. Corrió a la entrada y halló para su sorpresa que se trataba de la señora Blanco y de Verdecilla. Le bastó con verlas para enfurecerse a tal grado que casi no podía tenerse en pie.

—¡Infame! —clamó— me has hecho un daño fatal. Por robar dinero público para mí, me metiste en un lío desesperado y acarreaste sobre mí todos los rigores de la ley. ¡Y ahora me sigues hasta Suchow! ¿Qué es lo que te trae por aquí, quisiera yo saber?

—Querido mío —contestó ella—, todo es un error. No te enojes conmigo, que he venido con el propósito de explicarte todo.

En esto las cosas, el señor Wang, temeroso de que llamaran la atención de la gente por enredarse así públicamente en palabras, frente a la puerta de la posada, salió y le dijo a la señora Blanco: —Si habéis venido con intención de ver al señor Hsü para alguna cosa, ¿por qué no entráis a hablar en paz?

En el acto la señora Blanco se dispuso a entrar, pero Hsü le cerró el paso exclamando: —No, no, es un mal espíritu, no una mujer. No se debe dejarla entrar.

El posadero volvió una mirada sorprendida hacia la señora Blanco, la examinó con atención, de la cabeza a los pies, y se echó a reír: —¡Vamos! —dijo— ¿cuándo se vio en el mundo un espíritu maligno que tuviese para nada este aspecto? No tenéis derecho a decir cosas así de las personas. No hay cuidado, señora; os ruego que entréis de una vez.

La señora Blanco avanzó con aplomo, fue presentada a la esposa del posadero y dijo entonces a Hsü: —Desde el momento en que te acepté, te convertiste en mi marido y mi amo. ¿Cómo iba yo a haber querido causarte daño? Si te di dinero, fue porque te amaba. ¿Cómo iba yo a saber que te metería en dificultades? Si hay algo turbio en la procedencia del dinero, es culpa de mi difunto esposo, pues de él lo recibí. No incumbe a una mujer el estar al tanto de tales cosas. ¡Una mujer, sí, no un mal espíritu! Eso es una figuración absurda que se te ha metido en la cabeza porque me tienes rencor. Es para poner todo esto en claro para lo que he venido hoy. Bien preparada estoy para partir...

—¡Basta! —gritó Hsü—. Cuando el guardia llegó a detenerte, bien que te vi sentada en el diván. Hubo entonces un gran estruendo y cuando volví a mirar habías desaparecido. Los seres humanos no se esfuman de ese modo. Eres de seguro un espíritu maligno.

Ella rió al oírlo. —El estampido que oíste —repuso— lo hizo Verdecilla golpeando el gran poste de bambú que sujetaba el entablado, a fin de quitarle el polvo. Pero toda aquella gente se asustó tanto —me imagino que pensaron que el lugar estaba encantado, pues todos parecían muertos de miedo—, que en seguida me retiré detrás de las cortinas, tras el diván, para darles oportunidad de que se les pasara el susto. Sin embargo, estaban demasiado aterrados, no me buscaron y en cuanto dieron con el dinero no pensaron en otra cosa. Una vez que se marcharon, pensé que más me valdría ocultarme una temporada y me fui a casa de la hermana de mi madre, quien vive frente al templo del Tesoro Floral. Acabé por enterarme, por pura casualidad, de que te habían enviado aquí. Así que reuní cuatro cosas y vine a verte y a preguntarte qué iba a ser de nuestra boda. No obstante, como se te ha metido en la cabeza que soy un mal espíritu, mientras antes me marche será mejor. Y diciendo así, se levantó y se encaminó a la puerta.

Pero el posadero y su mujer no estaban dispuestos en modo alguno a dejarla partir. —¡Cómo vais a regresar sin más ni más luego de hacer tanto camino! —exclamaban—. Sin duda os quedaréis con nosotros aunque sea una noche o dos.

La señora Blanco empezaba a explicarles que tal cosa estaba descartada, cuando Verdecilla intervino:

—De seguro es gran cortesía de nuestro huésped el ser tan apremiante. ¿No os parece, señora, que pudiéramos quedarnos, así sea una o dos noches, para tener tiempo de discutirlo todo? No debéis olvidar que hace tiempo *convinisteis* en casar con el señor Hsü, y ahora os tiene que resultar bien difícil adoptar una actitud tan rígida hacia él.

—Pero, hacedme el favor, qué vergüenza —interrumpió la señora Blanco—... ¿Cómo una mujer sola, como yo, va a pensar en permanecer bajo este techo?

—Si de veras una vez convinisteis en casaros con él —dijo la posadera—, estoy segura de que no querréis desdeciros de vuestra palabra. No podéis hacer nada mejor que mirar el calendario, a ver qué día sería propicio, y casaros aquí.

Hsü había estado absolutamente convencido de que ella era un espíritu maligno. Pero ella puso tan en claro todos los puntos inquietantes, de manera tan convincente, que al fin no le quedó a él otro remedio que suponer que había sido injusto con ella. Por añadidura, su gran belleza no podía dejar de ejercer algún efecto sobre él. No tardó demasiado en ceder a la persuasión del posadero y su mujer y convino en la boda. La faltriquera de la señora Blanco parecía bien provista, y así pudieron ambos pasarla muy bien. Después del matrimonio, los modos sutiles y hechiceros de ella lo encantaron hasta dejarlo enteramente pasmado. Se le antojaba un ser mágico de un mundo más dichoso y sólo lamentaba que su unión se hubiese retrasado tanto.

El tiempo corrió aprisa; llevaban seis meses casados cuando un día, a mediados del segundo mes, Hsü concurrió con algunos amigos a contemplar la imagen del nirvana de Buda en el templo del Nirvana. A la puerta del templo vio a un taoísta que vendía yerbas y distribuía hechizos. Sin especial razón, Hsü se adelantó y se puso a observarlo. No bien se fijó en Hsü, el taoísta exclamó muy consternado: —Señor, de lo alto de vuestra cabeza se eleva una exhalación oscura. De fijo sois juguete de un mal espíritu, que ya os lleva causado gran daño. Os convendría cuidaros.

Resurgieron de golpe todas las sospechas de Hsü. Cayó de rodillas y suplicó al religioso que lo salvara. De modo que el taoísta le dio dos hechizos, diciéndole que quemase uno a la tercera vigilia, guardando el otro escondido en su cabello. No bien llegó a casa, Hsü disimuló a escondidas el primer hechizo en su pelo, dejando el otro a mano para quemarlo al sonar la tercera vigilia. Esperaba la hora cuando la señora Blanco emitió un hondo suspiro.

—¡Y pensar que después de haber vivido todos estos meses como marido y mujer —dijo— no confías para nada en mí y sólo crees lo malo que otros cuentan de mí! ¡Anda, quema tu hechizo, y veremos!

Puesto así en evidencia, a Hsü no le quedó al pronto la menor gana de realizar su intención. Pero la señora Blanco le arrebató el hechizo y, dirigiéndose a la lámpara, lo quemó ella misma. La combustión del hechizo no le causó el menor efecto, por lo que comentó, riendo: —¿Qué tal? Si fuera yo un espíritu, me habría hecho manifestar mi verdadera forma, ¿no?

—No fue ocurrencia mía —dijo Hsü—; en el templo me encontré con un taoísta itinerante que me aseguró que eras un mal espíritu.

—Muy bien, pues —dijo la señora Blanco—, si dice que soy un espíritu maligno, vayamos a verlo mañana y pidámosle que me mude en mi forma auténtica. Así sabrás a qué atenerte.

Al siguiente día dejaron a Verdecilla encargada de sus cosas y se dirigieron juntos al templo. Al llegar, el taoísta estaba repartiendo sus encantamientos, rodeado de una nutrida muchedumbre. La señora Blanco avanzó confiadamente hasta la primera fila y lo increpó en alta voz: —¡A ver, charlatán ignorante y bajo! ¿Qué entiendes tú de todo eso? ¿Cómo te atreves a presentarte aquí con tus estampas diabólicas y tus conjuros demoniacos, engañando a todo mundo con tu parloteo?

Aquel repentino ataque intimidó grandemente al taoísta. Le bastó una ojeada para notar que había un aire singular en la faz de la dama y comprendió que no era ella lo que parecía. —Debo advertiros —contestó— que el arte que ejerzo es la magia de los Cinco Truenos y el Corazón Celeste. Merced a su virtud, todos los monstruos y espíritus malos que tragan mis hechizos al instante se manifiestan con su verdadera forma. Siendo quien sois, me figuro que no os atreveréis a hacer la prueba.

—Que esta gente lo atestigüe —replicó ella, sonriendo— Escribe un conjuro y todos me verán tragarlo.

Él escribió aprisa un conjuro y se lo entregó. Ella lo recibió con la mayor calma, hizo con ello una bolita, se la echó a la boca y tragó sin esfuerzo el hechizo con agua que le dieron. Entonces esperó un rato, sonriente. No le ocurrió nada en absoluto, y los mirones empezaron unánimemente a gritar insultos al mago. —Basta de tus sandeces —le reprochaban—, ¿cómo pretendes decir que una dama tan fina y bien educada como esta sea un mal espíritu?

Bajo la andanada de insultos, el taoísta no sabía sino parpadear, boquiabierto. No podía decir palabra.

—¡Un miserable impostor vagabundo como ese, tratando de arrebatar su buen nombre a una respetable mujer casada! El fondo del infierno sería el sitio que merece. Pero por consideración a vosotros, caballeros, me contentaré con colgarlo un poco.

Hablando así, musitó alguna imprecación bajando la voz, y el taoísta de inmediato empezó a encogerse, cruzadas las manos delante de sí, ni más ni menos que si lo estuvieran amarrando con una soga. Empezó entonces a levantarse del suelo, hasta quedar colgando en el aire, gimiendo y chillando sin cesar.

Los espectadores asombrados aclamaron el milagro, y el pasmo de Hsü por poco lo deja tonto.

—Será suficiente por esta vez —dijo la señora Blanco—. Si no supiera que se iba a entrometer el guardia, con gusto lo habría dejado ahí un año.

Al decir esto, sopló ligeramente hacia él, y el taoísta cayó por tierra en el acto. No bien se hubo incorporado, puso pies en polvorosa a todo lo que daban sus piernas, sin más deseo, como dice el dicho, que a su padre y a su madre no se les hubiera olvidado darle alas en los talones. En seguida se perdió en la lejanía como una hoja arrastrada por el viento.

En cuanto a Hsü y a la señora Blanco, volvieron tranquilamente a casa y siguieron viviendo ni más ni menos que antes de su querella.

Llegó el cumpleaños de Buda, el octavo día del cuarto mes, y Hsü decidió ir al templo de Ch'êng-t'ien a ver el festival.

—Tengo entendido que es una maravilla de ver —dijo la señora Blanco y, llegado el día, sacó ropas nuevas para que él se las pusiera, así como un abanico pintado de oro, con un pendiente de coral, y al entregárselo le dijo: —Regresa a buena hora o me preocuparé por ti.

Él prometió no ausentarse demasiado, y envuelto en todas sus galas marchó contoneándose al templo, ansioso de sumarse a la diversión. Al llegar se dio cuenta de que corría de boca en boca alguna novedad emocionante. El meollo de tanta cháchara confusa era que cierto empeñero Chou, al visitar su cuarto seguro, había echado a faltar considerable cantidad de joyas y prendas, y se había proclamado el mandato de arrestar al ladrón. Hsü no hizo especial caso de la noticia y se metió en seguida entre la multitud de fieles y buscadores de placeres, de uno y otro sexo, que concurrían al festival. Estaba lejos de imaginar que ya le habían echado el ojo los vigilantes, quienes habían advertido que su atavío y su abanico correspondían de cerca con los que describía su lista. Por fin alguien le salió al paso y le pidió con gran cortesía:

—Supongo que no os importará dejarme echarle una ojeada a ese abanico.

Sin sospechar nada, Hsü le entregó el abanico. No cabía duda de que era uno de los objetos faltantes descritos en la lista oficial.

—¡Este es el hombre! El abanico que lleva está en la lista —gritó el vigilante al momento.

Varios hombres avanzaron de inmediato y ataron firmemente a Hsü. Quiso explicar las cosas pero nadie le hizo caso. Resultó que el tribunal del gobernador estaba en sesión y allí condujeron a Hsü para ser juzgado *incontinenti*.

—Has sido detenido —dijo el gobernador— llevando ropas y un abanico que están descritos en una lista de pertenencias desaparecidas. ¿Dónde están las joyas y demás valores? Una confesión sincera de tu parte te salvará de los azotes.

—Lo que llevo puesto y el abanico —dijo Hsü—, con perdón de vuestra señoría, me lo dio mi mujer; no lo robé y ruego a vuestra señoría que averigüe como es debido.

—¡Tonterías! —exclamó el gobernador—. Las cosas corresponden exactamente a las descritas en la lista y no tiene objeto que pretendas echarle la culpa a tu mujer. ¿Y dónde se encuentra ella ahora?

—En la posada del señor Wang, señoría —contestó Hsü—, al lado del puente de Chi-li.

El gobernador mandó entonces a su gente que llevasen a Hsü a la posada, arrestaran a la persona que les identificara como su esposa y la trajeran para ser interrogada.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el señor Wang, asombrado al ver su posada invadida por aquella multitud.

—La señora Blanco me ha metido en un aprieto —explicó Hsü— y vienen a detenerla.

—No está —dijo el posadero—. Al ver que no volvíais del templo, se dirigió allá con Verdecilla en vuestra búsqueda y no han vuelto.

Cuando los guardias oyeron que la señora Blanco no estaba, esposaron en su lugar al señor Wang y se lo llevaron al tribunal.

—Una dama que busca a su esposo seguramente no llegará muy lejos —dijo el gobernador—. Haré al señor Wang responsable de dar con ella. El acusado Hsü quedará vigilado en tanto aparece esa señora Blanco. Entonces volveré al asunto y sentenciaré.

El empeñero Chou estaba presente, presenciando el procedimiento, cuando en aquel preciso instante llegó a él corriendo uno de sus servidores y anunció que todos los objetos faltantes habían sido hallados en una vieja caja vacía, en lo alto del cuarto seguro. Allá se dirigió el empeñero y vio que estaba todo menos el abanico del pendiente de coral.

—Es claro que no estaría bien acusarlo sólo a causa del abanico —dijo Chou—, pues bien podría haber otro igual.

Retornó a la oficina del gobernador e informó en probado al funcionario encargado del asunto que la cuestión había tomado otro cariz, por lo que pedía que Hsü fuese dejado libre. Por ello no se llevó adelante el procedimiento, pero se decidió que Hsü no era "adecuado a la localidad" y lo "reasignaron" a Chên-chiang.

Se dio el caso de que, estando a punto de partir, el comandante Shao envió al secretario Li a que le tramitara algún asunto en Suchow. Li se acordó de Hsü y corrió a la posada de Wang para averiguar qué había sido de él. Al enterarse de que lo trasladaban a Chên-chiang, le dijo a Hsü:

—Tengo un viejo amigo en Chên-chiang que me permite llamarlo tío. Su nombre es Li K'o-yung y tiene una droguería cerca del puente de la Aguja. Te voy a dar una carta para él y verás qué bien la pasas.

Hsü tomó la carta y a los pocos días llegó con su escolta a Chên-chiang. Se dirigieron directamente a casa de Li K'o-yung, a quien entregó la carta diciéndole:

—Soy el cuñado del secretario Li, de Hangchow. Traigo aquí una carta en la que os pide que hagáis lo que podáis por mí.

Li K'o-yung leyó la carta y en seguida pidió a dos de los oficiales encargados de Hsü que pasaran a comer algo, y, a quienes seguían en servicio, que lo acompañaran con Hsü a la oficina del gobernador, a presentar sus papeles. Allí, mediante una cantidad discreta, obtuvo permiso de que Hsü se alojara en su domicilio, a condición de responder de él, y regresó a su casa. La escolta recibió su certificado y partió. Ya de vuelta, Hsü cayó de rodillas y agradeció de todo corazón a K'o-yung. La carta decía que Hsü había supervisado una droguería, por lo que K'o-yung le pidió quedarse y trabajar una temporada en la suya.

Tras de vigilarlo unos días, vio que entendía a fondo el negocio y quedó del todo encantado con él. Hsü temía que los demás asistentes fueran a resentir su intrusión, de suerte que invitó a todos a una vinatería, a fin de llevarla bien con ellos. Cuando se dispersó la reunión y Hsü pagó la cuenta y salió a la calle, se percató de que le vacilaban un poco las piernas, así que para no ir a tropezar con la gente tuvo cuidado de marchar por el lado de la calle, debajo de los aleros de las casas, fijándose sin cesar dónde pisaba. De repente

abrieron arriba una ventana y tiraron algo de agua, que por poco le cae encima a Hsü. Éste se detuvo.

—¡Linda mujercita la que vive aquí! —gritó—. Qué, ¿no tienes ojos para ver?

La mujer bajó las escaleras presurosa. —¡No me regañes! —dijo—, no lo hice a propósito.

Él miró y ¡quién iba a ser sino la señora Blanco! Hsü se enfureció terriblemente.

—Ladrona, bruja —clamó—, ¿cuántas veces más te propones acabar conmigo? Ya van dos que me haces castigar por ser acusado de delitos. ¡De modo que aquí viniste a esconderte luego de desaparecer de Suchow! Y diciendo esto se abalanzó sobre ella y la atrapó gritando: —¡Esta vez te aseguro que no se van a arreglar las cosas fuera de los tribunales!

—Ya conoces el dicho —respondió ella sonriendo—: "una noche de marido y mujer, cien noches perdonadas". No hay por qué apresurarse tanto. ¡Nada más déjame explicarte las cosas, y si te parece que actué indebidamente, enójate cuanto quieras! Las ropas y el abanico que te di aquel día pertenecían todos a mi difunto esposo y fueron procurados honradamente. Sólo por amarte tanto quise que los llevaras. ¿Cómo iba a prever que serían mal identificados? Estaba escrito en tu horóscopo y no fue culpa mía.

—¿Cómo fue —preguntó Hsü— que cuando regresé a buscarte a la posada no apareciste y ahora doy contigo aquí?

—Cuando llegué al templo en tu búsqueda —contestó ella—, oí que te habían detenido. Tuve la certeza de que me complicarían y, angustiada por preservar mi buen nombre, hice que Verdecilla alquilase un barquichuelo y vine aquí a estarme con el hermano de mi madre hasta recibir más noticias tuyas. Era mi deber y nada más. Me casé contigo y "soy tuya hasta la muerte y después". Jamás soñaría escapar de ti. Y ahora que hemos corrido con la suerte de volver a encontrarnos, y sin importar cuán grandes sean las dificultades, no tengo la intención de despedirte.

Siguió ella con halagos y zalamerías hasta ganárselo por completo y que se extinguiera enteramente la rabia que en un principio invadió su corazón.

—¿De modo que me vienes buscando desde que llegaste a vivir aquí? —dijo al fin—.

—¿A quién más iba yo a esperar? —contestó ella—. Pero ven arriba.

Subió tras ella arrastrándose, lamentablemente postrado. Pasó la noche allí. Volvieron a quedar en los términos más afectuosos. Entonces él trasladó sus pertenencias y vivieron como marido y mujer exactamente igual que antes. El día del cumpleaños de Li K'o-yung el boticario, compraron algunas velas, pasteles, pañuelos y otros menudos presentes y fueron a su casa a felicitarlo. Encontraron que había extendido esteras y servía vino a sus amigos y conocidos.

Pues bien, Li K'o-yung era muy inclinado a los amores. Se dio cuenta al instante de que la señora Blanco era guapa como pocas, y le dirigió miradas incesantes. Después de un rato, la señora Blanco deseó retirarse un momento, y el aya de los niños fue encargada de mostrarle el camino. Li K'o-yung se escurrió a un rincón y, luego de esperar que la señora Blanco llegara al patio de atrás, la siguió sobre las puntas de los pies y acechó por una rendija de la puerta. Lo que vio fue muy diferente de lo que se esperaba. No había allí una dama "bella cual flor o jade", sino una serpiente blanca y enorme, gruesa como un balde de pozo, enroscada sobre el excusado. Sus ojos, como dos grandes lámparas, ardían con luz dorada. Li K'o-yung se asustó a morir. Salió huyendo, pero apenas dobló la esquina cuando claudicaron sus piernas y se desplomó por los suelos sin sentido, con la cara verde y los labios amoratados. Allí lo encontró el aya, quien informó a la vieja madre de Li K'o-yung. Ella y el administrador de la droguería le propinaron una dosis de un cordial enérgico, y empezó a volver en sí. La anciana dama le preguntó en seguida qué le había provocado aquel ataque. Él, por supuesto, no estaba en condiciones de indicar la auténtica razón y se limitó a decir:

—Llevo varios días indispuesto y de pronto me sentí algo mareado. Pero, por favor, que no se eche a perder la fiesta por mi culpa.

Cuando se hubieron despedido los huéspedes, reapareció la señora Blanco. Temerosa de que cuando se encontraran en la tienda Li K'o-yung le contara a Hsü lo que había visto, discurrió un plan y, en consecuencia con él, suspiró profundamente.

—Una fiesta así es sin duda ocasión de regocijo —comentó Hsü—, ¿por qué suspiras?

—No quisiera decírtelo —respondió ella—. Siempre me dijiste que este Li K'o-yung era un viejo respetable. Todo es ficción de su parte. ¿Querrás creerme? En cuanto me vio salir de la habitación se escurrió detrás de mí ¡y trató de seducirme! Me abrió las ropas y empezó a sobarme. Grité, pero me acordé en seguida de todos los que estaban en la reunión y no quise ponerlo en vergüenza públicamente. De manera que lo derribé y conseguí escabullirme. Pero me llevé tal susto que me parece que no se me va a pasar nunca.

—Bueno —dijo Hsü—, como se diría que no llegó a hacer ningún verdadero daño, y como es mi patrono, lo único que podemos hacer es dejar así las cosas. Sólo que más valdrá que no vuelvas por allá.

—Todavía tengo apartados veinte o treinta taeles de plata —dijo ella—. Tal como están las cosas, ¿por qué no te separas de él y pones una pequeña droguería tuya en los muelles? ¿No preferirás ser tu propio dueño?

—Muy bien —aceptó Hsü, y fue a discutir el asunto con Li K'o-yung, quien, después del miedo que había pasado, no tenía la menor gana de retenerlo.

La nueva tienda fue un gran éxito y los negocios mejoraban cada día. Llegó el séptimo del séptimo mes, que la gente festeja como Cumpleaños del Rey Dragón. Hsü quiso asistir y quemar incienso, pero la señora Blanco se opuso con vehemencia. Viéndolo bien decidido, acabó diciendo:

—Bien, ya que has de ir, estáte en las grandes salas de delante y detrás del templo. Por ningún motivo entres en las celdas de los sacerdotes a charlar con esos cabezas rapadas, pues, si no, te importunarán pidiendo limosnas.

—Si así lo quieres, no haré tal cosa —dijo él—. ¡Qué sea como gustes!

Fue al río, tomó una barca y se dirigió derecho al

templo de la Colina Dorada. Pasó primero a la sala del Rey Dragón y quemó incienso, y luego echó a andar, sin más intención que dar un vistazo por allí. Sin darse cuenta de lo que hacía, entró en la porción de los sacerdotes. Vio a varios que rodeaban a alguien que evidentemente les decía un sermón. No bien había puesto allí el pie, se acordó de lo que su mujer le había mandado e iba a retirarse presuroso. Pero el predicador lo había visto y, comentando a sus oyentes que el rostro de aquel hombre tenía un aire muy endemoniado, pidió a uno de sus asistentes que le dijera a Hsü que deseaba hablar tres palabras con él. Para cuando el asistente llegó a la puerta, Hsü ya se había ido. Viendo que el visitante se le escapaba, el predicador asió su báculo de meditación y se lanzó él mismo a perseguirlo. Cuando llegó a la terraza que había frente al templo, vio una gran multitud que quería cruzar el río y esperaba, en pie junto a la entrada, que amainase un fuerte ventarrón. De súbito, en el centro mismo de la corriente, vio una barquilla que volaba entre las olas a tremenda velocidad.

—¡Ved aquel barquito! —gritaba la gente asombrada—. ¡Mira que salir con una tormenta así! ¡Y qué de prisa va, además!

Hsü, quien se encontraba en el medio de la multitud, estiró el cuello a fin de ver por encima de las cabezas de la gente. Para sorpresa suya, notó que las dos figuras en pie en la proa de la pequeña embarcación eran la señora Blanco y Verdecilla. Desconcertado, estaba a punto de preguntarles por qué habían acudido, cuando la señora Blanco lo llamó desde lejos:

—Esposo, a causa del vendaval pensamos que sería mejor venir por ti. ¡Baja al río para que te embarques en seguida!

De momento parecía en verdad que aquello era lo mejor que se podía hacer, y ya se encaminaba él al barco, que se acercaba a la orilla, cuando el predicador lo descubrió por detrás y le gritó muy alto a la señora Blanco:

—¡Monstruo! ¿qué te trae aquí?

Diciendo esto, alzó el báculo y estaba a punto de lanzárselo, cuando la señora Blanco, Verdecilla y la barca desaparecieron bajo las olas.

Hsü quedó tan aterrado y pasmado que difícilmente conservaba el alma en el cuerpo.

—¿Quién es este sacerdote? —preguntó presuroso a quienes estaban cerca.

—Es el maestro del Océano de la Ley —respondió alguien que conocía al sacerdote—, y pasa por el Buda viviente de hoy.

Iba el hombre a añadir más cuando el maestro mandó a uno de sus asistentes por Hsü Hsüan, con intención de hablarle.

—¿Dónde conociste a ese monstruo? —le preguntó.

Interrogado así, Hsü le contó la historia entera desde el principio mismo.

—No hay duda de que tal encuentro lo determinó tu karma —dijo el religioso—, pero sólo un grado desacostumbrado de pasión física pudo conducirte a caer una y otra vez en una locura tan ciega y sin sentido. Por suerte, tu calvario está por concluir. Retorna en el acto a Hangchow y practica constantes devociones. Si ella volviera a perturbarte, ve a verme al templo de la Compasión Pura, al sur del lago.

Hsü agradeció calurosamente al sacerdote y voló a su casa, donde halló que, en efecto, la señora Blanco y Verdecilla habían desaparecido. Ni que decir tiene, ya no le cabía la menor duda de que eran ambas espíritus malignos.

A la mañana siguiente temprano fue al puente de la Aguja y le contó al boticario Li K'o-yung lo que había pasado.

—A decir verdad —confesó éste—, yo la vi con su verdadera apariencia cuando estuvo aquí el día de mi cumpleaños, y me aterroricé casi hasta morir. Pero me molestó verte tan obcecado en tu convencimiento y no me dieron ganas de decir nada al respecto. Ahora que todo está en claro, no veo objeción a que regreses y vivas aquí por ahora.

Sin embargo, pocos días después fue declarada una amnistía general que permitió retornar a sus hogares a todos los delincuentes, salvo los culpables de crímenes muy atroces. A Hsü le encantó enterarse y, luego de agradecer todas sus bondades a Li K'o-yung, retornó a Hangchow y en cuanto arribó fue en busca de su cuñado y de su hermana, ante los cuales se prosternó cuatro veces. Concluidas sus postraciones, el secretario Li le dijo con reproche:

—En dos ocasiones sucesivas en que te viste en apuros con las autoridades, bien que me afané por ayudarte, y opino que podías haberme enviado cuando menos una tarjeta haciéndome saber que te habías casado durante tu ausencia. Me parece algo inexcusable.

—Pero es que no tomé esposa —replicó Hsü—, y no veo por qué supones que lo hice.

No había acabado de hablar cuando salió su hermana de los aposentos de atrás, ¡acompañada de la señora Blanco y de Verdecilla!

—No me explico por qué no habrías de reconocerlo —dijo la hermana de Hsü—. Casarse no es un crimen y, como quiera, ¡aquí está tu mujer!

—No, hermana, no —exclamó Hsü desconsoladísimo—; esa es un espíritu maligno. No creas una palabra de lo que diga.

En este punto la señora Blanco intervino en la conversación.

—Desde que fuimos marido y mujer —dijo—, jamás he fallado en mis obligaciones hacia ti. ¿Por qué has de atender a lo que te dicen extraños y dejar que te aparten de mí? Si me repudias ¿qué será de mí? Como mujer casada, no tengo otro hogar que el tuyo. Y al decir esto estalló en una crisis de sollozos convulsos.

Enteramente fuera de sí, Hsü arrastró a su cuñado hasta la puerta y le contó a toda prisa lo que había sucedido. —No cabe la menor duda —recalcó— de que es un espíritu serpiente blanca. De seguro ha de haber algún modo de quitárnosla de encima.

—Si de veras es una serpiente —dijo el secretario Li—, no tiene por qué haber ninguna dificultad. Hay un encantador de serpientes, el doctor Tai, que vive enfrente del templo del Caballo Blanco. Es habilísimo para atrapar serpientes. Te acompañaré y convendremos con él que acuda aquí y la capture. Eso es lo que hay que hacer.

Encontraron al doctor Tai en su puerta. —¿Qué puedo hacer por estos dos caballeros? —preguntó de inmediato.

—Hay una gran serpiente blanca en mi casa —dijo el secretario Li—, y quisiéramos que nos la atraparais. Aquí tenéis un tael de plata, y algo más os daré por vuestras molestias cuando hayáis atrapado la serpiente.

El doctor Tai tomó el dinero y preguntó la dirección. —Retornen a casa los caballeros —dijo—, que yo iré en seguida.

Preparó con presteza un jarro de oropimente rojo y otro de agua medicinal hervida y se dirigió a casa de Li. Lo recibió Hsü, quien lo condujo a los aposentos interiores. El doctor Tai encontró cerrada con llave la puerta que llevaba al gineceo.

—¿Hay alguien? —preguntó, llamando con los nudillos.

—¿Quién eres —preguntó una voz— y qué derecho tienes de estar aquí?

—Muy buen derecho, por cierto —contestó el doctor Tai— Me pidieron expresamente que viniera y atrapase una serpiente.

La señora Blanco comprendió de inmediato que Hsü lo había traído para que la capturase.

—Es cierto que hay aquí una serpiente —dijo ella riendo—, pero dudo que consigas atraparla.

—Mi familia lleva en esta clase de negocios siete u ocho generaciones —respondió el doctor Tai—, famosos cazadores de serpientes todos ellos. Me sorprendería que precisamente este caso estuviera más allá de mis alcances.

La puerta se abrió de repente.

—Si estás tan seguro de atraparla, ¡entra, pues! —dijo ella.

Él apartó la cortina y estaba a punto de entrar en la habitación cuando le llegó por el hueco de la puerta una ráfaga de aire maloliente tan helado que se le pusieron los pelos de punta y vio una enorme serpiente, gruesa como un balde de pozo y con ojos como grandes lámparas, que se abalanzaba directamente a él. La súbita aparición lo pescó tan por sorpresa, que cayó de espaldas y sus jarros de oropimente y medicina se hicieron añicos. La serpiente abrió la gran boca, roja como la sangre, descubrió los colmillos blancos como nieve e hizo amago de morder al doctor Tai. Éste se levantó como pudo y apenas tuvo tiempo de echar a correr para salvar la vida, hasta la sala de recepción, donde estaban el secretario Li y Hsü Hsüan.

—Y bien —preguntó el secretario Li—, ¿cómo estuvo esa caza de la serpiente?

—Le devolveré el dinero —replicó el doctor Tai—. Puedo con las serpientes pero no con los diablos. Por poco me cuesta la vida esta faena. Y salió corriendo de la casa, sin volver la cabeza.

Hsü y el secretario se miraron un momento cara a cara, totalmente perplejos. Pronto oyeron, sin embargo, la voz de la señora Blanco que llamaba a Hsü a su lado.

—¡Qué descaro! —exclamaba— ¡llamar a un cazador de serpientes para atraparme! ¡Ven aquí de una vez por todas! Si me tratas como es debido, haré todo en el mundo por ti. Si no, atraeré un espantoso fin, ¡y no sólo sobre ti sino sobre la ciudad entera y todos los que la habitan!

Cuando Hsü escuchó esto, se le heló el corazón y se le estremeció la hiel. Sin atreverse a replicar ni una palabra, se precipitó a la calle y salió de la ciudad por la puerta del Agua Clara. Allí titubeó un poco, sin saber qué hacer. De pronto recordó al maestro del Océano de la Ley y cómo le había dicho: "Si volvieras a ser perturbado, ve al templo de la Compasión Pura y pregunta por mí". En vista de que sus pasos lo habían conducido tan lejos, al azar, ¿por qué no seguir otro poco y tratar de obtener ayuda del maestro? Continuó hasta el templo de la Compasión Pura y preguntó al superintendente si el maestro del Océano de la Ley visitaba alguna vez el templo.

—No —respondió el superintendente—, nunca ha estado aquí.

Despojado de esta última esperanza y no osando volver a casa, Hsü escapó al Puente Largo y, fijos los ojos en las aguas azules del lago, se dijo: —Sería mejor, sin duda, poner fin a todo esto con mi propia muerte, en vez de seguir viviendo sólo para arrastrar a otros a mis calamidades...

Estaba a punto de saltar, cuando una voz dijo detrás de él: —Joven, ¿por qué quieres deshacerte de la vida? Si estás en apuros, hablemos.

Volvió el rostro y vio que era el maestro del Océano de la Ley, que se apresuraba hacia él envuelto en su hábito, echado a la espalda el cuenco de mendicante y con el báculo de meditación en la mano.

—¡Sálvame de la muerte! ¡oh, sálvame! —gritó Hsü, cayendo de rodillas en actitud de plena sumisión.

—¿Por dónde anda el monstruo ahora? —inquirió el maestro.

—En casa de mi cuñado.

—Marcha tranquilo a casa —dijo el maestro, tendiéndole su cuenco a Hsü—, y cuando tu mujer no esté mirando, encasquétale este cuenco en la cabeza. No se lo pongas nada más, encájaselo con todas las fuerzas de tu cuerpo. No tienes nada que temer; sé lo que te digo.

Agradeció de corazón al maestro y volvió a la casa, donde encontró a la señora Blanco, ya sin forma de serpiente, sentada en el recibidor y escupiendo los peores insultos para todos, a diestro y siniestro. Se deslizó detrás de ella disimuladamente, cuando ella no se fijaba, y le plantó el cuenco en la cabeza usando todas las fuerzas de su cuerpo. Siguió oprimiendo, más y más, hasta que el cuenco acabó por cubrirla entera, sin dejarla ver ya. Pero ni entonces se atrevió a soltar el cuenco, sino que siguió apretándolo cuanto podía. Entonces sonó de pronto una voz debajo del cuenco:

—¿Cómo eres capaz de infligirme esta mísera muerte, después de vivir tantos años juntos como marido y mujer? Suelta un momento, te lo suplico. No es mucho pedir.

Él empezaba a dudar qué hacer, cuando alguien anunció que afuera estaba un sacerdote que decía haber venido a exorcizar un espíritu maligno. Hsü pidió en seguida al secretario Li que hiciera pasar al sacerdote.

—Aquí la tengo en seguro —dijo Hsü cuando llegó el maestro. Vuestra reverencia sabrá qué hacer con ella.

El maestro murmuró algún conjuro ininteligible y levantó entonces el cuenco de las limosnas. Allí estaba la señora Blanco, encogida hasta medir siete u ocho pulgadas apenas, vuelta la cara al suelo, con todo el aire de un títere abandonado.

—¿Qué maldito monstruo eres —rugió el religioso— que te has atrevido a incomodar a un ser humano? Te exijo que confieses.

—Yo era una serpiente pitón blanca —contestó ella—. Durante una gran tormenta, yo y un pez verde buscamos resguardo en el Lago Occidental. Encontramos casualmente a Hsü Hsüan y me enamoré de él al grado de que no pude contenerme y quebranté las leyes de la naturaleza. Por fortuna, por mucho que haya yo hecho, no he infligido daño mortal a nadie y cuento con que vuestra reverencia me mostrará compasión.

—Los pecados de la carne —dijo el maestro— son asunto muy serio y no pueden pasarse por alto. Pero en vista del dominio propio que ejerciste durante tantos siglos, no serás aniquilada del todo. ¡Muéstrate ahora con tu auténtica forma!

La señora Blanco se convirtió al instante en una serpiente blanca, y Verdecilla en un pez verde. La serpiente blanca alzó la cabeza y miró a Hsü.

El maestro metió ambos seres en su cuenco de limosnas, tiró de un pliegue de su hábito para cubrirlo por encima y se lo llevó al templo de la Cima del Trueno. Depositó allí el cuenco y mandó a unos obreros traer piedra y ladrillos y construir una pagoda encima. Hsü Hsüan recurrió entonces a los fieles y acopió una suma tan grande, que la pagoda se elevó siete pisos, de suerte que la serpiente blanca y el pez verde no consiguieran jamás salir de nuevo al mundo de los hombres. Luego de quedar así inmovilizadas sin remedio, el maestro pronunció la cuarteta siguiente:

Antes se desecará el Lago Occidental
que caiga la pagoda de la Cima del Trueno.
Antes cesará de crecer el río
que la Serpiente Blanca retorne al mundo.

Cuando el maestro hubo recitado estos versos, los presentes saludaron con respeto y se dispersaron. Pero Hsü deseaba con ardor tomar las órdenes. Escogió por instructor al maestro del Océano de la Ley y al fin fue tonsurado y ordenado al pie de la pagoda. Vivió piadosamente muchos años, hasta que una noche murió de pronto, sin enfermedad. Los sacerdotes trajeron una urna, lo cremaron y colocaron las cenizas bajo un túmulo de piedras, frente a la pagoda.

La mayoría de los portentos no merecen ser narrados. Pero fue un portento el que hizo famosa la Cima del Trueno entre las maravillas del Lago Occidental. De suerte que quienes admiren la pagoda de la Cima del Trueno desearán por fuerza conocer la extraña historia de su origen.

La vida (a)leve

EL ESTADO INTERMEDIO

Cuando un ser humano muere y va a reencarnar como ser humano... cuando el momento de su muerte se aproxima, ve estos signos: ve una gran montaña rocosa que se alza amenazante frente a él como una sombra. Piensa para sí mismo: "la montaña podría caerme encima", y hace un gesto con la mano como si quisiera detener esa montaña. Sus hermanos y sus parientes y sus vecinos lo ven hacer esto; pero para ellos es como si solamente estuviera alzando su mano en el aire. Ahora la montaña parece estar hecha de tela blanca y él trepa por esa tela. Entonces parece estar hecha de tela roja. Finalmente, conforme el momento de su muerte se acerca ve una luz resplandeciente, y, no acostumbrado a él, en el momento de su muerte está perplejo y confundido. Ve toda suerte de cosas como las que se ven en los sueños, porque su mente está confundida. Ve a su padre y a su madre (futuras) haciendo el amor, y al verlos un pensamiento cruza su mente, una perversión (viparyāsa) aparece en él. Si va a renacer como hombre, se ve a sí mismo haciendo el amor con su madre y obstaculizado por su padre; y si va a renacer como mujer, se ve a sí misma haciendo el amor con su padre y obstaculizada por su madre. Es en ese momento cuando la Existencia Intermedia es destruida y la vida y la conciencia surgen y la causalidad comienza una vez más a trabajar. Es como la impresión hecha por un molde; el molde se destruye entonces, pero el modelo ha sido impreso.

Del capítulo XXXIV del
Saddharma-smṛtyupasthāna Sūtra.
Traducido al chino hacia 542 A.C.